

La Luz del Porvenir

Gracia 5 de

Noviembre de 1891.

PRECIOS DE SUSCRICION.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRICION
En Lérida, Cármen 26, 3 En
Madrid, Ballesta 4, principal
derecha. En Alicante, San
Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—El corazón de la duquesita.—Impresiones.

El corazón de la duquesita.

¡Qué corazón, qué excelente corazón tenía la duquesita! No había quien de él no se hiciera lenguas. Con ser ella tan hermosa, decían sus amigos que aún eran más hermosos sus sentimientos, y con ser su alcurnia tan noble, aseguraban todos que aún era más noble su alma pura. Su padre era un tacaño, eso sí; un roñoso que según contaban ni se dolía de las desgracias del prógimo, ni cuidaba de su salvación allá en la vida eterna, como si el cielo se ganara sin soltar un ochavo del bolsillo; pero su hija ¡oh! era una criatura adorable, suplía admirablemente las faltas de su padre y le hacía dar, mal de su agrado, cuanto era necesario para socorrer las muchas desgracias de los pobres que en parte alcanzan á la aristocracia, por lo menos en sus caudales, y también refunfuñando y á regañadientes el viejo duque ayudaba al esplendor del culto, porque no todo se ha de reducir á remediar miserias ajenas, preciso es también ponerse bien con Dios y con los santos y grangear méritos para el día de la bienaventuranza. Isabelita era pues, la puerta por donde se llegaba al duro corazón del avariento aristócrata que se dejaba gobernar por su hija como un chiquillo. ¿Cómo resistirse cuando la preciosa criatura que aún no contaba veinte años decía á su casi octogenario padre:

—Vaya, papaito, me tienes que dar tanto ó cuanto, porque sino voy á llorar ocho días de carrera. Además es la baronesa nuestra vecina quien ha iniciado la suscripción y nuestro nombre no puede dejar de figurar en la lista; caeríamos en un ridículo espantoso; conque, papá de mi corazón....

—Pero hija, no puedo....

—¿No quieres eh? Pues nunca más volveré á las reuniones de la baronesa, se me caería la cara de vergüenza; y yo que me divertía tanto en ellas.... no, no volveré, no puede ser; hí.... hí.... hí.... hí....

—Pero Isabelita, por Dios, no te pongas así. Si yo te escuchára, los pobres serían los herederos anticipados de nuestros bienes. ¿Qué haces de los veinte mil reales que anualmente te tengo señalados para tus gastos particulares?

—Pues esos lo necesito todos para vestir y aún el administrador me adelanta dinero alguna vez; porque esa renta es muy escasa y de ella aún gasto alguna que otra pesetilla para limosnas. ¡Dios mio qué desgraciada soy! ¡ay! si mamá viviera!

Y la mimada chiquilla empezaba á llorar y á patear, y como era un manojito

de nervios, le daban enseguida ataques, desmayos y mil pataletas, de lo que el débil padre se alarmaba tanto que raras veces dejaba llegar las cosas á ese extremo y hacia cuanto su hija quería. De modo que ésta por su juventud, su lujo, su hermosura y su generosidad era la reina de los salones y no se emprendía cosa alguna en favor de los desheredados sin que se contára con su eficaz apoyo. Gracias á su munificencia y á los caritativos esfuerzos de muchas buenas señoras se había fundado en la ciudad una casa amparo donde se recogían los inválidos del trabajo por vejez ó por accidente; de éstos últimos no había casi, porque los pobres que no se caían de puro viejos, preferían mendigar su sustento por las calles de la ciudad, aunque fuera arrastrándose sobre la parte más inferior de nuestro sér, antes que recogerse al cuidado de las buenas hermanitas de los pobres, que nada menos que del norte de Francia habían venido á España con el único móvil de asistir á gentes que ya chocheaban; probablemente no las había en su país ó quizá faltaban en el nuestro personas de bastante sacrificio para aguantar las impertinencias de los desvalidos. Así era de ver lo popados que en el asilo estaban los ancianicos y ancianicas: verdad que no se veían unos á otros, aun cuando se diera el caso de que algunos fueran marido y mujer, hermanos etc; verdad que si tenían hijos no podían verlos siempre que querían; pero ¿qué? ¿Acaso tenían familia las santas mujeres que por ellos velaban? Mujer, hijos, hermanos, parientes ¿para qué les hacían falta á los pobres? Allí, allí, era donde, según ejemplo de las buenas madres, tenían que aprender á amar á Dios, por tanto tiempo olvidado; allí era donde debían prepararse para una beatífica muerte, acontecimiento final cuyo recuerdo no les había pasado nunca por las mientes, sin duda por lo seguro que lo tenemos todos. Así pues, los asilados se llevaban una vida de las más placenteras y comprendiéndolo así las filantrópicas señoras que habían fundado tan benéfica institución, se frotaban las manos de gusto, cuando en días determinados, como recompensa á sus dádivas se les permitía visitar el establecimiento. ¿Cuándo los pobres, pudieron soñar vivir en tan higiénica y hermosa casa como vivían? Nunca. Por tamaña merced rezaban una oración al que graciosamente regaló el edificio, que por más señas era un solterón de setenta años, más rico que un Fúcar. Y luego qué limpio todo, qué ordenado. Vaya que si algún pobre se quejaba debía de ser el más ingrato y descontentadizo de los hombres. Lo que no alcanzaba Isabelita á comprender era porque no acudían allí todos los mendigos de la capital, porque ¿dónde habían de estar como en el Amparo? No faltaba beata aristócrata que por la mañana leía el Kempis y por la noche asistía á la ópera bufa, que opinaba que á todos, absolutamente á todos los pobres, debía de obligárseles á entrar allí; en verdad que no se sabía en qué pensaba el gobernador ó el ministro que no hacían una ley sobre este punto, porque bien habría en el asilo hasta tres docenas de pobres, pero por la ciudad los había á centenares causando repugnante espectáculo y miserias ocultas, más sobraban que faltaban; para remediar estas últimas estaban en primer término las conferencias de san Vicente de Paul y además otras varias asociaciones místicas y beatíficas que de lo recaudado no dejaban de apartar primero para la celebración de la fiesta del santo patrón de la sociedad y cuando ocurría alguna catástrofe general ó se paralizaba el trabajo y la miseria subía de punto, entónces se organizaban bailes, conciertos, corridas, etc.

Por el magín de las encopetadas señoras, no pasó nunca el fomentar la producción, en lugar de acudir á cuasi estériles paliativos; nunca llegaron á imaginar que su lujo, su fé en la administración de las cosas de los pobres, por personas que han renunciado á toda riqueza terrena, gustando sin embargo de mangonear

bienes ajenos, y el encargar cuanto necesitaban no directamente á los obreros sino al burgués que los exprimía, no pensaron repetimos, que estas causas y otras de menor cuantía formaban ancha parte de la inmensa base que sustenta la pobreza del país; pero ¡qué diantre! uno no puede caer en la cuenta de todo y menos si es mujer. De manera que Isabelita y sus secuaces se daban por archisatisfechos con lo que hacían y nunca les ocurrió analizar más. Y quien analizaba todavía menos respecto de cosa ajena era el duque que nunca había vivido más que en, por, con y para el ochavo. Heredó de su padre una fortuna muy embrollada y dedicó todas sus fuerzas; potencias y facultades á ponerla en claro y aún á redondearla. Para que nada distrajera su atención en este punto ni siquiera se casó, temeroso de que su consorte gastara más que lo producido por las rentas que al matrimonio aportara; por fin cuando ya sus caudales eran inmensos y sus años se acercaban á los sesenta dejó su estado de célibe uniéndose á una pobre á quien no hizo feliz. Apesar de ser ella mucho mas jóven que su marido, murió muy pronto y quedó el viejo duque solo con una niña, Isabelita, á quien quiso casi tanto como al ochavo y entre los dos sostenía terribles luchas el avaro, aunque siempre la victoria estaba en favor de la chiquilla. El débil padre se consolaba de la derrota de su adorado metal con las zalamerías de su hija y con los plácemes que por ella recibía. Cuando cualquiera persona alta, baja, vieja ó niña le decía:

“¡Pero qué hermosa es Isabelita, que corazón tan excelente tiene, por ella ha de ganar V. la gloria!”, el anciano duque sentía crecer el orgullo que aquel ser le inspiraba, se bañaba en agua rosada, reventaba de satisfacción. Y como los amigos sabían el resultado que siempre estas palabras producían, á cada momento regalaban con ellas los oídos del anciano y tanto las repitieron todos que toda aquella sociedad compuesta de nobles, de clérigos y de ricachones llegó á creer que el corazón de la duquesita era la perla, el brillante, el non plus ultra de los corazones.

Y lo bueno del caso fué que hasta la misma niña se lo llegó á creer y procuró ser digna de tan general opinión. Así los pobres no la dejaban descansar: por la mañana asistía á tal ó cual junta de beneficencia, por la tarde se reunía con sus amigas y por la noche daba ó asistía á tal ó cual reunión á favor de este y del otro necesitado y aun del de más allá: no había baile ni teatro ni diversión donde no se la encontrara cuando de algún beneficio se trataba. El día que pidió dinero á su padre para la suscripción de la baronesa, estaba Isabelita reventada segun ella misma decía, aunque su hermoso semblante no diera indicios de tamaño cansancio. La noche anterior había tomado parte en una función mitad de artistas, mitad de aficionados, hecha á favor de una jóven que quería meterse monja y era tan pobre que ni siquiera podía hacer voto de pobreza porque le faltaba el dote. Con su clara inteligencia, la duquesita acudió á remediar tan sensible desgracia, (no sabemos si por ello le quedó luego muy agradecida la esposa del Señor) por lo tanto se acostó cerca de las dos de la madrugada y no se levantó hasta las doce; la doncella le recogió el pelo á escape mientras sorbía una jícara de chocolate. Ya estaba enganchado el carruaje, subió á él en compañía de su dama de confianza y llegó á una junta de las conferencias donde se discutía si con los fondos de la caja se subvencionaría con algo las rogativas que muy en breve pensaba hacer el cardenal, para que lloviera. La mayoría de las señoras opinaba que sí y algunas pocas decían que los pobres eran muchos: que uno á quien se le habían dado dos mantas pedía un jergón, que otro había solicitado leche de burra para una hija enferma del pecho; que un tercero decía....

—Por Dios señora, interrumpió una dama muy amiga del arzobispo cardenal, no lea V. toda la lista, porque si hemos de enterarnos de todos los pedidos de los pobres, será cosa de nunca acabar.

—Es verdad, confirmó otra; son gente que nunca se cansan de pedir, el otro día llevé arroz, pan y carne á una casa y ¿querrán ustedes creer que me pidieron aceite?

—Sería para guisar la carne, exclamó una señora que se distinguía por sus oportunidades.

Todas rieron la gracia y hubo un rato de murmullo y confusión.

—Orden, señoras, gritó la presidenta agitando la campanilla, se trata de saber si ayudamos á Su Eminencia ó no.

—Propongo que se le ayude, dijo Isabelita: las consócias la miraron y ella con el aplomo que siempre dan las riquezas, prosiguió: El agua es de todo punto necesaria, mucho mas para los pobres que para los ricos, pues nosotros haya ó no haya cosecha lo mismo comemos, mientras que ellos sienten la carestía de las cosas, de manera que haciendo rogativas, si el Señor nos escucha hacemos mas por los pobres que dándoles las menudencias que piden y que no les sacan de apuro, pues al día siguiente vuelven á estar lo mismo.

Este discursito dejó bastante convencidas á las señoras que aun no lo estaban y por unanimidad de votos se convino enviar al eminentísimo y reverentísimo cardenal treinta y tantos duros, para que en las rogativas uniese á sus súplicas las muy ardientes de tan caritativas señoras.

Aun no habia terminado la junta cuando ya Isabelita rodaba otra vez por las calles de la capital. Al llegar á casa ya su padre la aguardaba para comer. Sentáronse á la mesa y la niña contó al anciano las ocurrencias de la sesión. Rióse el buen hombre con toda su alma, como que todas las cosas de su hija le hacian la mar de gracia y se puso contentísimo cuando supo que Isabelita habia inclinado la balanza en favor de las rogativas.

Despues de comer, la duquesita descansó un rato de sus fatigas y luego acudieron la doncella y la peinadora pues se trataba, nada menos que de presidir una corrida dada por un célebre diestro á beneficio del Amparo antes mencionado. El traje que para semejante ocasión habia de llevar, habia sido objeto de muchas preocupaciones por parte de la Isabelita, pero al fin, de su buen gusto secundado por hábiles artistas, resultó el más precioso trage de maja que jamás Rosina alguna luciera en la incomparable obra de Rosini, el Barbero de Sevilla. Como que estaba copiado del que en semejante papel vistió una célebre diva. La falda era de raso azul sembrada á trechos de rojos y oscuros madroños de terciopelo; del color de estos eran las medias de rica seda y en cuanto á los zapatos destinados á calzar los breves pies de la duquesita, ostentaban preciosos bordados de oro sobre fondo azul; una chaqueta como la falda y una torerita como los madroños completaban el trage. En cuanto á la cabeza, una peineta de teja contenia en su hueco rojos y gualdos claveles y una mantilla de finísima blonda blanca caía graciosamente al lado opuesto de la peineta y acompañaba como un marco el óvalo perfecto de aquella cara fresca, sonriente y dichosa.

Así vestida la duquesita esperó á las amigas que compartian con ella los honores de la presidencia. Al verla todas la felicitaron sinceramente por la elección de su traje, pues sentaba tan bien á su belleza genuinamente española que un pollo andaluz no se cansaba de repetir que quien no habia visto á Isabelita aquel día no habia visto en su alma cosa buena. Despues de los saludos de costumbre, bajaron

los convidados á la calle donde les esperaba un *mail*, ese coche inmenso propio de carreras y otras fiestas, donde caben media docena de familias y van las señoras encaramadas mas alto que los cocheros. Colocáronse en el vehículo los caballeros y las mamás, afirmáronse en sus estribos los vistosos jockeys y ya las pollas se disponían á asaltar las últimas regiones del coche, cuando al lado del palacio del duque, en casa de la baronesa se apeó el cardenal. Corrieron hácia él las niñas y haciendo una genuflexión besáronle la mano con muestras de grandísimo respeto; él las recibió con una sonrisita particular y dirigió á cada una palabras almibaradas; á Isabelita le cogió además la mejilla entre el índice y el mayor y apretando suavemente con sus dedos aquella fresca y tersa cara, le dijo en tono de amistosa reconvencción: ¡Cómo nos divertimos, picaruela!

—Pero, monseñor, si es para los pobres.

—Bueno, bueno; yo tambien vengo aquí á cumplir con mi ministerio; la baronesa da un pequeño concierto sacro seguido de una colacion espiritual.

—Ya lo sé, monseñor, no he olvidado los esfuerzos de D.^a Serafinita, que no ha hecho mas por estar de luto, y le he mandado mi óbolo.

—Bien, bien, Dios te lo premiará.—Y haciendo una cruz en el aire, el cardenal se internó en casa de la baronesa que ya en compañía de su esposo habia bajado á recibirle. El barón ofreció el brazo al humilde representante de Cristo, como hubiese podido hacerlo con una dama, Isabelita y sus compañeras permanecieron inclinadas hasta que los tres desaparecieron y luego ligeras como pájaros subieron al coche.

Minutos despues estaban en la plaza y á poco se empezó la corrida que fué superior. Como que los toros eran de una acreditadísima ganadería y los toreros hicieron prodigios de valor. Muchos caballos dieron allí fin á su noble carrera, muchas veces estuvo expuesta la vida de los ágiles diestros, pero ni los nobles brutos pisándose las tripas, ni los charcos de sangre que á cada momento se formaban en el redondel, ni las heridas, ni la muerte del animal que como un Dios adoraron los Egipcios, ni siquiera los gravísimos riesgos de los matadores fueron partes para conmover los corazones ó para levantar el delicado estómago del elemento femenino que asistía impertérrito á tan bárbaro espectáculo. El público aplaudía frenético y mandaba á la plaza una lluvia de cigarros, petacas y otras menudencias. Isabelita estaba radiante de alegría, al ver que la fiesta por ella presidida era tan lucida y ni siquiera escuchaba las flores que á intervalos le echaban los pollos que aquel dia formaban su sociedad.

Al terminar la corrida, dió el *mail* unas cuantas vueltas por el paseo, excitando la envidia de los curiosos. Desde lo alto de su grandeza la duquesita no veía á nadie, reía y cuchicheaba alegremente con sus amigas, aquel dia habia sido de gloria para ella y no sabemos si hasta llegó á desear que hubiera muchos pobres para poderse divertir de aquella manera. Al llegar á la ducal morada, los que tan satisfechos regresaban de la plaza, vieron á la puerta misma del palacio un espectáculo en verdad repugnante. Un grupo de gente formado casi exclusivamente de súcios trabajadores, rodeaba y asistía á un infeliz epiléptico: un susto le habia ocasionado el accidente al cual por su desgracia estaba sujeto, de modo que su fisonomía expresaba el paroxismo del terror: sus ojos estaban inyectados en sangre, de su boca salían espumarajos; habíale desabrochado la camisa para que nada impidiera la respiración y el cuello mostraba unas venas como cuerdas y mas abajo descubriase al desnudo, el pecho negro por el trabajo, flaco por la enfermedad. El desdichado daba unas sacudidas espantosas, sus fuerzas parecían haberse centuplicado y con muchísima pena lo sujetaban unos cuantos compañeros cuyos semblantes expresaban la conmiseracion mas profunda. El suelo estaba manchado de agua y de materias arrojadas por el epiléptico en las cuales se habia revolcado. Todo esto no inspiraba disgusto á los hijos del trabajo que ayudaban valientemente al enfermo, y digo valientemente porque éste repartía manotones y puntapiés á diestro y á siniestro. Por allí entremedio tuvieron que pasar los encopetados aristócratas; todos hicieron una mueca como quien corta con tijeras malas y en

cuanto á la duquesita, expresando su gracioso rostro lá mas profunda repugnancia y recogiendo con muchísima monería su exígua falda exclamó en voz alta: ¡Jesús qué asquerosidad!

Los obreros se volvieron para mirarla con cierta despreciativa sorpresa y un espíritu que habia acudido al socorro del pobre atacado á fin de atenuar los efectos de tan rudo accidente, suspiró de pesar y dijo:

¡Oh caridad aristocrática y cuán lejos estás de la verdadera virtud!

MATILDE RAS.

IMPRESIONES.

Por algo que no me explico, muchas veces me sucede que al encontrar algunos seres en mi camino me impresionan por el relato de sus desventuras ó por los accidentes más ó menos prósperos de su vida, y apunto sus nombres en la cartera de mi pensamiento, esperando, sin darme cuenta de ello, añadir nuevos apuntes para formar un todo heterogéneo, estampando en el papel mis impresiones sin arte ni medida, sin lenguaje florido ni profundos pensamientos, pero respondiendo á mi espíritu que continuamente pregunta á cuanto le rodea el por qué de muchas cosas.

Hace algún tiempo estaba en uno de los sitios más pintorescos de Barcelona rodeada de muchas familias que habian ido á solazarse disfrutando de las delicias de un dia espléndido, rico de sol, de brisas perfumadas, uno de esos dias llenos de *sonrisas*, en que la naturaleza oculta cuidadosamente bajo un suelo cubierto de musgo y florecillas sus terremotos, sus despedazamientos: diríase entonces que los apacibles céfiros no han de poder nunca transformarse en huracanes, ni el cielo azul cubrirse de negros nubarrones para arrojar en su furia torrenciales diluvios, ni las capas atmosféricas rasgarse para dar paso á los rayos que difunden el espanto y la muerte

Entre las muchas familias que se solazaban en aquel paraje encantador encontré un matrimonio al que me une, uno de esos conocimientos que, sin ser afecto íntimo, motiva siempre que nos vemos un cambio de impresiones agradables. El marido es un hombre honrado á carta cabal: la mujer, que se llama Matilde, pertenece á esa clase de mujeres *impecables* que han tenido la fortuna de no caer en la resbaladiza pendiente de la vida, y que, orgullosas de ello, son la intolerancia personificada, convirtiendo su honradez en arma terrible contra las miserias y debilidades ajenas. ¡Dios nos libre de esas virtudes asustadizas que no tienen por base la caridad, virtudes acaso triunfantes porque no tuvieron que luchar con el infortunio ó el hambre, virtudes que no tropezaron y cayeron, tal vez porque se deslizaron por un camino llano y fácil, bordeado de césped y de flores, no de precipicios y zarzales! Son virtudes crueles á menudo más nocivas á la sociedad que los mismos vicios de que debieran ser el contrapeso y correctivo.

Cuando más distraída me hallaba viendo jugar á varios niños, pasaron junto á nosotros tres mujeres lujosamente ataviadas; seguidas de dos criados con librea, llevando uno de ellos un perrito microscópico, sujeto por un cordón de seda verde atado á un soberbio collar.

—¡Qué perro más precioso!—exclamó Matilde acariciando al falderillo.

—Me cuesta mil pesetas,—dijo la dueña muy satisfecha de las alabanzas dirigidas á su diminuto can.

Pasaron de largo. A los pocos momentos acercóseme Matilde diciendo en voz atribulada:

—¡Jesús! ¡Jesús mil veces! ¡quién lo había de creer! Parece hasta imposible

que en un sitio de tan honesto recreo para familias honradas puedan concurrir mujeres perdidas. ¿Se ha fijado usted en esas que acaban de separarse seguidas de dos lacayos y un perrito que yo he tenido la imprudencia de alabar?

—Sí; ¿y qué? ¿Qué ha visto en ellas para que se alarme de ese modo?

—¡Que son unas ramera! ¡Ay, Dios mío y qué ligereza he cometido!... ¡entrar en conversación con tales mujeres!... Si alguien lo ha reparado ¿qué habrá pensado de mí? Lo que debíamos hacer es reunirnos todas las familias honradas y protestar ante el dueño del *Hotel* de semejante abuso. Pues no faltaba más sino que no podamos venir con nuestros hijos á este agradable lugar por impedirlo la presencia de esas mujerzuelas, que envenenan con su aliento el ambiente que respiran. Esto no se puede tolerar: esto no se puede consentir: semejantes mujeres, repulsivas aves nocturnas, no merecen, y no debiera permitírseles, compartir la luz del día con las mujeres honradas.

Miré compasivamente á Matilde, porque acababa de nacer en mi ánimo esta duda: ¿qué miseria será más honda, la de aquellas mujeres que el hambre ó la seducción hunde en el lodazal del vicio, ó la de aquellas otras que sólo tienen palabras y sentimientos de desprecio y anatema para las que cayeron, sean cuales fueren las causas de la caída? Y como si en mi conciencia se dejara oír una voz diciendo *compara y juzga*, súbito invadió mi alma un dulce y melancólico recuerdo, y murmuré con tristeza: ¡Rosita!...

Lleva este bellissimo nombre una jóven que encontré una tarde en uno de los coches que hacen viajes al cementerio del Sud-Oeste de Barcelona.

Desde que entré en el vehículo reparé en una mujer de distinguidos modales, vestida con la mayor pobreza, de negros cabellos sencillamente peinados y cubiertos con un velillo acentuadamente pardo. Llevaba puestos unos guantes largos muy usados. Tenia un aire especial, y su semblante una expresión indefinible. Sus ojos, grandes y expresivos, parecían un depósito de lágrimas, en tanto que en sus labios se dibujaba una graciosa sonrisa que adquiría á intervalos una expresión marcadamente desdeñosa. Tanta altivez denunciaba su rostro, tanto desden sus menores movimientos, y tanto hastío su modo de reclinarse en los averiados almohadones del desvencijado carri-coche, que si el traje no hubiese atestiguado su pobreza; si en vez de ana falda de merino negro raído por el uso, y de un saquillo deteriorado, hubiese llevado una amplia túnica de terciopelo negro, habría podido pasar por una duquesa viajando de incògnito, separada por capricho de su numerosa servidumbre. Durante el tránsito no cambiamos una sola palabra, pero no pocas veces nuestras miradas se encontraron.

Al llegar al cementerio, bajé para visitar la tumba de un libre-pensador; y cuando media hora despues, subí al coche, encontré á la misma jóven sentada delante de mí, mirándome de hito á hito y sonriendo entre desdeñosa y benévola. Sentime impulsada á dirigirle la palabra:

—¿Qué casualidad!—le dije,—otra vez nos encontramos frente á frente.

—Eso mismo pensaba yo al verla subir. Pronto ha terminado su paseo.

—No vine más que á visitar la tumba de un libre-pensador.

—Yo he venido á dar mi paseo favorito. Para mí este cementerio es el lugar más bello de Barcelona; ni el Parque, ni la típica *Rambla de las Flores*, ni las calles paseos del ensanche, ni las pintorescas quintas ó casas-torres de Sarriá y San Gervasio me atraen tanto como este cementerio, mejor dicho, los cementerios; porque donde quiera que voy, es lo primero que visito. Y siempre he tenido el mismo gusto.

—Gusto algo extraño; porque los cementerios son lugares poco agradables, y, por añadidura, anti higiénicos.

—Serán todo lo que usted quiera, pero es donde existe la verdadera igual-

dad. Aunque los panteones de los ricos se distinguen de la fosa común donde descansan los pobres, los muertos se disgregan del mismo modo bajo una capa de cal y tierra, que bajo estatuas de mármol de Carrara.

—Mucha filosofía es esa para una mujer tan joven: debe usted haber sufrido mucho.

—Sí, algo, lo suficiente para conocer á fondo la sociedad y lo que son las miserias humanas, lo mismo que lo erróneo que es juzgar por las apariencias y la inmensa distancia que existe muchas veces entre el modo de vivir y el modo de pensar. ¿Quién diría, al verme paseando á menudo por los cementerios, huyendo siempre de los sitios concurridos, sin acudir jamás á ningún espectáculo ni á ninguna diversión, que me gano la vida cantando y bailando en un café?

—¿Así se gana usted la vida?

—Sí señora; y canto por lo flamenco, y tengo fama de graciosa y de mujer ocurrente. Hace más de tres años que canto y bailo en un café, donde todos me quieren por lo divertida que soy. Si me viera usted allí vestida de chula, con mi mantón de Manila y mi falda floreada, no me conocería.

—Y cómo, siendo usted tan enemiga de las diversiones, vive en un medio ambiente tan contrario á sus ideas, á sus sentimientos y á su tipo? Porque su aire es más de una gran señora que de una cantante de café.

—Historias, señora, historias; pases que se dan en falso; sendas que se siguen..., por que todas las demás están cerradas.

—¿Y tiene usted familia?

—Sí, pero vivo sola, porque prefiero vivir á solas con mi pensamiento. ¡Qué sorprendida se ha quedado usted! ¿no es verdad? Párezcole un tipo de novela, ¿no es cierto? ¿Y qué son las novelas sino páginas de la historia humana? Le gustaría oírme cantar, lo comprendo: pues vaya una noche, y pregunte por Rosita, y entónces me verá disfrazada con mi traje de chula y se convencerá una vez más de que hay que mirar muy hondo para llegar á las profundidades del alma. ¡Cantar y bailar, es el trabajo forzado á que me condenó la infamia ajena! Adios, señora.

—Adiós, Rosita: su imagen y su recuerdo quedan grabados en mi mente.

—Serán la imagen y el recuerdo de una mujer caída. Entre las mujeres caídas, las hay del cuerpo, las hay del alma, las hay del alma y del cuerpo, y las hay también cuyo espíritu, en apariencia hundido en el cieno, vive más arriba de donde anidan las águilas en la región purísima del éter.

Estreché la mano de Rosita, y me quedé profundamente preocupada.

Cuando Matilde, la honrada, la virtuosa, la impecable Matilde, hizo tantos aspavientos por haber hablado dos segundos con una de esas mujeres que comercian con su honra, como si el aliento de ésta hubiese bastado para manchar su alba túnica, me acordé de Rosita, comparé á Matilde con ella, y encontré un mundo de distancia entre la mujer virtuosa y la pobre bailarina de café. En Matilde, ¡qué estrechez de miras! ¡qué círculo tan pequeño el de la evolución de su espíritu! ¡qué crueldad para el caído! Y en Rosita, ¡cuánta filosofía! ¡cuánta sed de verdad! Su afán es buscar en la muerte el gran ideal de la vida, ¡la igualdad! Mientras la mujer caída eleva su alma al infinito en alas de sus aspiraciones generosas, sedienta de redención, la mujer virtuosa, intolerante, hunde la suya en el abismo del egoísmo, de la crueldad y del orgullo. Son el publicano y el fariseo orando. ¿Cuál de las dos saldrá más pura del crisol de la existencia?

AMALIA DOMINGO Y SOLER.